

EL SILENCIO DE LOS CABRITOS – Patricio G. Bazán

Patricio G. Bazán



Image not found.

Capítulo 1

EL SILENCIO DE LOS CABRITOS – Patricio G. Bazán

Los ecos de tacones cercanos en el corredor alertaron al recluso. Olisqueó el aire una vez, anticipando la dulzura del perfume que lo reconciliaba con su parte humana. Aunque estaba recluido en una pecera casi hermética, no necesitaba del oído ni del olfato para reconocerla.

Sintió erizarse el espeso vello de su cuerpo por la excitación del encuentro.

—Has vuelto, Clarice. Traes un nuevo enigma en tu cartera barata, ¿verdad?

Ella clavó su rasgada mirada azul en los ojos de él apenas un breve instante.

—Hola, también me alegro de verlo. Quisiera que vea estas fotos.

Quiso simular desinterés, pero la curiosidad lo urgió a mirarlas. Le indicó por señas que fuera enseñando las imágenes de a una, pues no quería tocarlas: esa pesadilla había quedado atrás.

—Seis cabritos devorados. Sólo se salvó el más pequeño, oculto en la chimenea. Su madre está devastada.

Violencia en blanco y negro, confinada en los límites de un frío rectángulo, como él. Las expresiones de horror de las víctimas le recordaban otros gritos silenciosos del pasado.

—No es la primera vez que ataca — sentenció.

Ella confirmó con un cabeceo. —Tres chanchitos, un niño mentiroso, una niñita vestida de rojo y su abuela. Asesino en serie, pero eso ya lo sabe. Quiero un nombre.

Sonrisa de lobo. —¡Pro ut des, Clarice! Cuéntame de aquél libro sobre un lobo...

Sabía que ella se estremecería con el recuerdo, pero también que debía extirparlo de una buena vez. La mujer comenzó a relatar con voz despareja, como en sueños.

—Lo leí a los trece años. Me volví medio loca, me entró una fiebre terrible, y empecé a escribir. Escribí un cuento que nunca se acababa y que yo no sabía muy bien cómo hacer; entonces, lo rompí y lo tiré.

Él estudió su níveo rostro recortado por la oscura cabellera, su barbilla en punta, sus labios eternamente fruncidos. “Está evitando volver a Ucrania, y lo sabe”, pensó.

A medida que hablaba, los recuerdos dolorosos fluían en el mar de la memoria. Iban y venían, dejando sólo la resaca inútil. El verdadero horror yacía en las aguas profundas de su infancia. “Despacio, Clarice; ya llegaremos ahí tomados de la mano”. Carraspeó para que no siguiera.

—Habla con esa escritora que corre con los lobos. Sabe demasiado, para mi gusto. —Conocía sus señas, pero jamás la nombrarla. No era SU Clarice, aunque se escribiera parecido. Encubrió su tristeza con un desdén que no sentía. —Es todo por hoy. Otro día hablaremos sobre tus libros.

Ella suspiró mientras guardaba las fotografías. —Escribir es una maldición, pero una maldición que salva —dijo, como para sí misma.

Se arregló el traje formal tras el que se escudaba, alisando arrugas imaginarias.

—Adiós, Lobo Feroz —susurró.

Él sintió que ya la extrañaba antes de la despedida.

—Adiós, agente Lispector...